

## Ecós del pasado

¿Por qué recordamos con claridad ciertos hechos del pasado, por nimios que sean, mientras que borramos completamente el registro de otros, incluso de aquellos que nos permitirían determinar los puntos de inflexión de nuestras existencias? Quizá la razón radique en nuestra incapacidad para afrontar aquellos fantasmas que, aunque astutamente encadenados al recurso del olvido, siguen navegando próximos a la superficie de nuestra conciencia, dispuestos a tomarnos por sorpresa a la menor distracción. Tal vez solo sea necesario un estímulo que nos conduzca a la búsqueda de aquellas explicaciones a las que tanto tememos. Para Aldana ese catalizador tenía nombre: Eric.

Lo había conocido en una clase de restauración de cuadros y su personalidad contestataria había sido como un imán y había provocado una cascada de sentimientos y sensaciones que eran novedosas y, aunque ella solo lo intuyera, terminarían siendo peligrosas para su precario equilibrio. De pronto sintió la necesidad de verse bonita y su feminidad despertó de una prolongada hibernación. Hasta ese momento nunca se había esmerado en su arreglo personal y su estilo sobrio y algo deslucido jamás había hecho necesario que estuviera frente a un espejo más que unos segundos. Sin embargo, no fue su desconocimiento en temas de coquetería ni su aprensión a los espejos lo que más la incomodaba, sino aquellas características de Eric que tanto la hechizaron en un primer momento. Él cuestionó fuertemente las lagunas de su memoria y las explicaciones tantas veces repetidas, que casi alcanzaban la entidad de verdades, no lo satisficieron. Aldana se sintió desvalida y sin nadie que pudiera ayudarla. Su madre se había ido el invierno anterior y el único lazo con el pasado era la casa donde había transcurrido su niñez, que estaba en venta.

Adjudicó la reaparición de sus pesadillas a los nervios creados por la pronta visita a la familia de Eric, pero si hubiera observado en detalle la concatenación de eventos que marcaban el sinuoso camino de su vida, habría podido establecer que sus miedos se habían despertado con la formulación en voz alta de los interrogantes que yacían aletargados. Iba a ser la primera vez que enfrentara a su familia en pleno y temía verse expuesta al ser incapaz de pintar el cuadro idílico del que tantas veces había hecho uso.

El día de la reunión familiar recibió una llamada del agente inmobiliario. Debía conseguir los papeles de la casa familiar sin más dilaciones. Había dos candidatos firmes para la compra: un reconocido restaurador, que había sido deslumbrado por las líneas coloniales del inmueble y una empresa constructora, que tenía planeado edificar una torre de departamentos en ese terreno.

—El restaurador ya hizo un depósito y está dispuesto a ser generoso —dijo por lo bajo el agente—. Pidió que reconectes la luz y el gas, pero eso no es más que un mero trámite administrativo.

Siguió hablando con entusiasmo, pero Aldana ya no lo escuchaba. Un escalofrío premonitorio le recorría la espalda mientras se aprestaba a volver a la casa que había abandonado más de una década atrás. Llegaba a una vía muerta y la incertidumbre la carcomía.

El regreso a la casa trajo un torbellino de recuerdos que avanzaban a tropezones en su frágil memoria. Salvo por las manchas de humedad, la casa se mantenía igual a como ella la recordaba, con las creaciones artísticas del abuelo colgando de las paredes y con los retratos de familiares por línea paterna por doquier, en los cuales sus miradas vidriosas delataban el

estigma del que ninguna generación se había librado. Incluso las habitaciones del segundo piso conservaban ese aire sombrío que parecía emanar de los cimientos. Aunque la falta de luz los hacía confundirse con el empapelado, Aldana descolgó uno a uno los cuadros que habían aterrorizado su infancia; no obstante, cuando buscó uno para ocultar la mancha de humedad de la sala, no halló ninguno menos inquietante que el dibujo realizado por su abuelo. Lo había encontrado en un oscuro rincón con una lacónica nota a su nombre. Era una obra de colores sombríos y aunque aguzó la vista, no pudo distinguir los elementos de la composición porque la lámina estaba muy manchada y, justamente, por ese motivo, la consideró apropiada para evitar ahuyentar a los compradores. Parecía como si una vez terminada su obra, el abuelo no hubiera quedado conforme con el resultado y hubiera querido ocultarla con torpes pinceladas. Le asombró que el anciano, quien vivía recluido en su habitación dedicado a la pintura y de quien nadie había vuelto a hablar desde que se lo llevaron y su padre puso llave a la habitación y empezó a utilizarla para sus actividades personales, hubiera recordado siquiera el nombre de su única nieta.

El repicar del reloj de la sala anunciando las seis la sacó de su ensimismamiento. No tardaría mucho en llegar la noche y, en su infancia, cuando oscurecía y las puertas se cerraban, la casa parecía despertar de su letargo diurno. Entonces, Aldana creía escuchar a las creaciones del abuelo liberarse de los marcos y deambular por los corredores, prontas a cumplir sus profecías. Entonces, escondía la cabeza debajo de las frazadas y no dejaba de temblar hasta que los rayos mañaneros disipaban los terrores nocturnos y las luces sosegaban a la centenaria morada.

Inspeccionó cada resquicio de la casa, salvo la habitación de trabajo de su padre, pero los papeles no aparecían. Cada vez que miraba por la ventana y notaba que las sombras habían avanzado un palmo más, sentía como su desesperación crecía. Revisó frenéticamente los cajones y su cordura vaciló cuando encontró varios certificados de internación. No los leyó pues no hacía falta. Estaba segura de que había tenido los papeles en las manos mil veces sin reconocerlos. “¡Respirá!, ¡respirá!” se dijo. Abrió las ventanas de para en par e inspiró el frío aire nocturno. Necesitaba apaciguar sus alterados nervios antes de que se adueñaran de la situación y para ello nada mejor que un poco de trabajo manual. Siempre funcionaba. Eso le daría el tiempo necesario para retomar la búsqueda con calma. Regresó a la sala para aplicar sus conocimientos en restauración de cuadros en el regalo del abuelo. Si lograba despejar las manchas, le daría al dibujo un poco de claridad y eso la haría sentirse mejor. Retiró el cuadro de la pared y a la luz cansina de una linterna trabajó con toda la concentración de la que era capaz mientras volvía a hacer uso del recurso de enterrar los miedos en un compartimiento inidentificable de su cerebro.

Lamentablemente, su estrategia le exigió más energías que lo habitual. Además, los ruidos nocturnos contribuían a crear el marco apropiado para que imágenes descoloridas tomaran su lugar de antaño. Poco a poco, los recuerdos se fueron haciendo más nítidos y casi podía palpase el ambiente que constituía el diario devenir de su familia. Ahí estaba su madre cabizbaja desviando la vista de la mirada embotada de su padre mientras evitaba las preguntas de Aldana y las suyas propias. Todavía escuchaba a su padre subir pesadamente la escalera de madera para encerrarse en la que fuera la habitación del abuelo.

Recién advirtió que había oscurecido por completo cuando sintió que los ojos le ardían. Se incorporó paulatinamente, dio por terminada su tarea y subió las escaleras para observar desde lo alto el resultado de su esfuerzo. Las piernas se le aflojaron y tuvo que sentarse en el piso. Su teléfono celular comenzó a sonar, pero no pudo moverse. En el cuadro se veía un espejo veneciano que reflejaba el perfil de una niña con ojos desorbitados que, por una

puerta entreabierta, espiaba a un hombre de mediana edad, dedicado a sus excesos y ajeno a la observación de la que era objeto. Con esfuerzo se puso de pie y encaminó sus pasos a la habitación de trabajo de su padre. Abrió la puerta y ahí estaba el espejo veneciano, testigo del día en que había corrido en busca de su madre y le había contado lo que había visto a escondidas, testigo del momento en que los hombres de blanco se llevaron a su padre, como años antes habían hecho con el abuelo. Cerró la puerta lentamente y, al volver a la sala, no tuvo dificultad en hallar los papeles.

Ni bien llegó a su departamento, se dirigió sin vacilar al único espejo de la casa y se observó con detenimiento.

—¿Qué pasó, linda? Te llamé hace horas. Hoy tenemos la cena en casa de mis padres, ¿te acordás? —preguntó Eric preocupado.

Ella se volvió con tranquilidad. No había en su mirada ningún brillo perturbador.

—¿Estás bien? —insistió Eric.

—Sí, acá tengo los papeles —respondió y señaló su cartera.— Mañana se los voy a alcanzar a la inmobiliaria y voy a vender la casa a la constructora.

—¿Y la seña del restaurador? ¿Y...?

La mirada de Aldana lo silenció. Ya no necesitaba sus cuestionamientos.

—¿Vamos? —le preguntó.

—Dame un minuto.

Nuevamente se miró en el espejo y no encontró en la mujer que le devolvía la mirada ningún rasgo que el recordara a su linaje. Por fin sonrió aliviada.

La olvidadiza